



**Guillem
Sánchez**

**EL
ESTAFADOR**

El estafador
Guillem Sánchez

© Guillem Sánchez Marín, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionспенinsula@planeta.es
www.edicionспенinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B-2.818-2021
ISBN: 978-84-9942-975-5

Índice

EL ENCARGO	15
El rescatador	15

PRIMERA PARTE

1. VITORIA. Los orígenes	31
El hijo del panadero	31
El guardaespaldas	34
2. CASTELLDEFELS. Juventud	42
El piloto de avión	42
El parásito	48
3. SORALUZE. Madurez	54
El derecho al olvido	54
El piloto de Fórmula 1	58
La vocación	67
Las mujeres anónimas	73

4. ZARAGOZA. La primera caída	84
La llamada	84
La tierra quemada	88
El historial sentimental	93

SEGUNDA PARTE

5. BURGOS. La resurrección	107
El oficio del padre	107
El bluf	116
El seductor	121
6. BARCELONA. La segunda caída	127
Esther y el cabo Ricardo	127
Un estafador de altos vuelos	131
La séptima mujer	138
El fantasma blaugrana	145
El calabozo	154
El factor humano	159

TERCERA PARTE

7. VITORIA. La infancia	171
El juez de la horca	171
El abandono	175
La visita	180
La entrevista	184
8. LA CÁRCEL. El presente	198
El libro	198

Las estafas sentimentales
La puerta

204
212

Vitoria

Los orígenes

EL HIJO DEL PANADERO

Francisco Gómez Manzanares nació en Vitoria el 18 de abril de 1974. Fue el sexto hijo de un matrimonio entre un panadero y un ama de casa, que dio a luz en la clínica Arana. Paquito, así lo llamaban de pequeño, se crio junto al casco viejo, en un paso estrecho de nueve portales. Bloques de ladrillo rojo y balcones de metal habitados por cincuenta familias de clase trabajadora. Pisos austeros atrapados entre el corazón de la ciudad y edificaciones para bolsillos más pudientes.

La primera vez que viajé a Vitoria para intentar saber más del estafador no me atreví a tocar al timbre de su domicilio familiar. En su interior estaría, si todavía vivía, un padre de más de noventa años al que tampoco sabía muy bien qué preguntar. Preferí merodear por el barrio y hablar con vecinos, comerciantes y camareros y clientes de los bares más cercanos. La mayoría había olvidado al estafador. También fui al Colegio Samaniego, el centro de referencia de la zona. Era día de clase y la escuela, un edi-

ficio de dos plantas de aularios, bullía. La directora me recibió en su despacho y me contó que no estaba segura de que Francisco hubiera estudiado allí. Fue amable, se interesó por el *procés* catalán y lamentó no poder ayudarme, porque veía inapropiado consultar los archivos y entregar a un periodista información sobre uno de los exalumnos, hubiera acabado o no convertido en un delincuente. Antes de irme, le pedí que me pusiera en contacto con profesores que dieron clase en los ochenta. Prefirió no hacerlo.

Entre el Colegio Samaniego y el domicilio familiar había una parroquia, Nuestra Señora de la Esperanza. Llamé a su puerta y abrió un religioso a quien pareció divertirse mi visita y se prestó a averiguar si el hombre al que yo buscaba había sido bautizado allí. Me hizo pasar y pidió que esperara sentado en una habitación presidida por un crucifijo. Regresó con el tomo de todas las hojas bautismales de los críos nacidos en 1974. La abrió, pasó un par de páginas y posó su dedo sobre la siguiente. Sonrió. «Aquí está», dijo.

En aquel documento redactado con tinta de pluma, encuadernado, con cientos de hijos de Vitoria, consta que la familia paterna de Francisco procedía de Ávila y la materna, de Haro (La Rioja). Que la de su padre ya se trasladó a la ciudad vasca antes de que este naciera, pero no así la de su madre, que creció en Haro y recaló en Vitoria tiempo después. Lo poco que logré contrastar entre los vagos recuerdos de vecinos, comerciantes y camareros y clientes de los bares más cercanos es que el padre de Francisco se pasaba las noches en la panificadora y que su madre era un ama de casa dulce, de las que convierten un piso minúsculo en un buen hogar.

El matrimonio tuvo seis hijos. Tres varones y tres mujeres. Años después de alumbrar al quinto, la madre fue devastada por una depresión salvaje y el padre la ingresó en el asilo de Las Nieves, el frenopático más famoso de la ciudad, construido en 1907. Según recordaba una noticia de *El País* escrita cuando el centro psiquiátrico cumplía el siglo de vida, era un lugar en el que terminaban «uno de cada cien alaveses» por su condición «de pobre, alienado, loco, desvalido, abandonado, ido, dejado, madre soltera, impedido o expósito y sin recursos». Las terapias hasta los años sesenta, cuando aparecieron los primeros fármacos, «no pasaban del electrochoque, la lobotomía y, para los más tranquilos, la laborterapia». Su madre fue ingresada allí a principios de los setenta. Salía a cuentagotas de Las Nieves. En una de esas escapadas, períodos a veces largos durante los que regresaba temporalmente a su domicilio, se quedó embarazada por sexta vez, de Paquito. Así llamaban a Francisco.

Paquito estudió en el Colegio Samaniego. Sospecho que la directora ya lo sabía y que optó por no mezclar a la escuela en la historia que yo perseguía. Confirmé que se educó en este centro porque, aunque no resultó sencillo, di con un exprofesor que lo recordaba. Fue el único que aceptó hablar conmigo. El resto de antiguos docentes o estudiantes que encontré, que no fueron muchos, rechazaron colaborar «en algo así». El paso de Francisco por el Samaniego está sustentado sobre la memoria de este maestro que exigió contarme cuanto sabía a cambio de que en el libro se salvaguardara su identidad.

Como alumno, Francisco no destacó por un alto rendimiento ni por dar guerra a sus profesores. De mirada

traviesa, inteligente, pasó por la escuela sin dejar una huella imborrable. Tal vez Paquito sería más recordado si hubiera participado en alguna de las decenas de actividades extraescolares de música, teatro, lectura o deporte. Pero, según este maestro, no lo hizo.

El Samaniego era en aquella época un centro concertado de titularidad municipal, lo que significaba que había comenzado a integrar su base religiosa dentro de la democracia, que ya contaba con clases mixtas y que la familia Gómez-Manzanares no tuvo que pagar para escolarizar a Paquito. Logros sociales derivados de la gestión de la monja Ángeles Álvarez, una directora sólida en los tiempos convulsos que impregnaban el ambiente, como la masacre del 3 de marzo de 1976, cuando la policía franquista disolvió una asamblea de trabajadores en Vitoria con gases lacrimógenos y fuego real: mató a cinco manifestantes e hirió a más de cien. La población escolar era de 1.500 alumnos y el modelo educativo —tan avanzado que recibió la atención de equipos docentes de otras escuelas— atraía a hijos tanto de trabajadores de la empresa Michelin como de médicos. Ni se educó en un mal colegio ni se crio en un mal barrio. Pero algo no andaba bien dentro de Francisco, porque abandonó el Samaniego sin el graduado escolar.

EL GUARDAESPALDAS

En aquel primer viaje a Vitoria no logré averiguar por qué Francisco decidió hacer del engaño su forma de vida. Porque eso es a lo que se dedicó tras salir del Samaniego:

a estafar a sus vecinos de forma discrecional. Estoy seguro de esto último gracias a una trabajadora de la Audiencia Provincial alavesa, que accedió a buscar sentencias tan antiguas que ya han desaparecido de las causas más recientes en las que se ha investigado a Francisco. Para la justicia no existe este pasado, porque considera que atañe a delitos prescritos que no deben tenerse en cuenta. Aunque carezcan de valor jurídico, y tampoco ayuden a explicar por qué comenzó a estafar en lugar de buscarse un trabajo, estos textos contienen episodios aislados que, en conjunto, componen un álbum que revela cómo Francisco franqueó la ley en la década de los noventa.

En dieciséis meses, entre mayo de 1994 y octubre de 1995, Francisco explotó como estafador. Acababa de cumplir los veinte años. Los primeros timos los hizo para procurarse vehículos por los que suspiraba y que escapaban a su poder adquisitivo: no trabajaba y no tenía ningún sueldo. Enredó a los dueños de Automóviles Desamparados, de Motocicletas Bujo y de la empresa Alavesa de Vehículos de Vitoria. A pesar de no tener carné de conducir, salió de todos aquellos concesionarios al volante de un Mercedes Benz valorado en 1.600.000 pesetas, de una Honda de 750 cc que costaba 620.000 pesetas y de un Opel Vectra a la venta por 1.500.000 pesetas. Lo logró entregando a los tres propietarios documentos bancarios falsificados con los que aparentaba haber ingresado tales cantidades en las cuentas corrientes de los negocios.

Con una estrategia parecida se llevó gratis una videocámara de 126.000 pesetas en la tienda de electrodomésticos Teleconfort y engatusó también al propietario de la pastelería El Caserío, a quien encargó nueve cestas de

Navidad con productos de lujo por valor de 290.000 pesetas. En lugar de pagarlas, dejó los datos fiscales de una empresa navarra para la que afirmó trabajar. Cuando las cestas estuvieron preparadas, Francisco acudió a recogerlas y se escabulló de abonar el pago ordenando que le prepararan otras diecisiete, iguales. El pastelero no volvió a verlo y, al comprobar los datos de la supuesta empresa navarra, descubrió que eran falsos.

A comienzos de 1995, Francisco pareció elevar sus pretensiones y evolucionó como estafador. Pasó de engañar a vendedores, con el fin de llevarse sin pagar productos que ansiaba, a elaborar mentiras cada vez más sofisticadas, para quedarse con el dinero de quienes sí tenían un sueldo. Según declararon las cinco víctimas a las que estafó a continuación, Francisco, más o menos por entonces, también se convirtió en un impostor. Por los bares y establecimientos comerciales que frecuentaba, todos de Vitoria, comenzó a identificarse como agente de la Ertzaintza. No vestía de uniforme, pero daba a entender que pertenecía a la policía autonómica vasca. El 23 de enero de aquel año, la banda terrorista ETA había asesinado en Donostia al diputado popular Gregorio Ordóñez. No fue un crimen más, fue la vía que la organización tomó para dejar claro que a partir de ese instante los políticos volvían a ser un objetivo. El efecto más inmediato que tuvieron los disparos contra la cabeza de Ordóñez fue que la figura del escolta de personalidades políticas amenazadas se multiplicó a finales de los noventa y se convirtió para Euskadi en un recordatorio permanente del conflicto. A Francisco, en aquel contexto, no le hacía falta ningún uniforme para fingir que era

miembro de la Ertzaintza, los agentes de paisano —de información o de la unidad de guardaespaldas— eran habituales. Es probable que él, que andaba lejos de cualquier entorno abertzale, percibiera a aquellos policías como profesionales que imponían respeto a su paso. Comenzó a moverse como ellos, a comportarse como ellos, a fingir que era uno de ellos. El de *ertzaina* fue el primer disfraz profesional que usó. Una identidad profesional espuria pero coherente con los tiempos que, además, le otorgaba un plus de credibilidad para sus propósitos.

Que Francisco estaba atento a su entorno para usarlo en su beneficio queda claro en estas sentencias. A mediados de los años noventa, Andorra era un lugar al que la gente acudía a menudo para comprar tabaco, licores o electrodomésticos a un precio inferior al que se vendían en España. Francisco aprovechó la circunstancia para llevar a cabo la primera estafa acreditada judicialmente que le permitió conseguir dinero en efectivo. A un camarero del restaurante chino La Gran Muralla, un local en el que comía cada dos por tres, le dijo que iba a viajar pronto a Andorra para realizar «diversas transacciones comerciales» y le ofreció traerle algunos artículos. El camarero aceptó la propuesta y, en sucesivos pagos, le dio en mano 91.000 pesetas para que le comprara una motocicleta, una radio portátil y una defensa eléctrica —una porra—. Repitió esa estrategia con el dueño de una tienda de fotocopias. A este segundo le prometió un ordenador portátil, por el que este le entregó 145.000 pesetas. También con una tercera víctima, un mesonero, a quien le propuso adquirir un equipo de música con lector de *compact disc* por 40.000 pesetas. Ni siquiera consta que

hiciera de veras esos viajes al país de los Pirineos. Sí llegó a probarse que se quedó con el dinero.

De las rebajas andorranas pasó a ofrecer algo mucho máspreciado en aquella época. España andaba inmersa en una grave crisis económica que acabaría siendo decisiva para que el PP de José María Aznar relevara al frente del gobierno al PSOE de Felipe González. Consciente de que para los jóvenes como él no resultaba fácil lograr un buen puesto de trabajo, convirtió ese contexto en otra oportunidad. Francisco, en junio de 1995, citó en el bar La Bodeguilla a dos mujeres a quienes había prometido un empleo ficticio. Las sometió a un interrogatorio para comprobar cuál encajaba mejor en el puesto, eligió a una y la convocó a otra reunión para redactar el contrato laboral. En ese segundo encuentro informó a la ganadora de que los gastos en gestiones burocráticas para obtener la plaza ascendían a 55.000 pesetas. Y la mujer las pagó. Una trampa similar preparó para otro joven de Vitoria al que seleccionó para un puesto de recepcionista. Como había ocurrido con la aspirante anterior, volvió a requerir una buena suma para formalizar el contrato. En su caso serían 37.000 pesetas para darlo de alta como autónomo en la Seguridad Social. Y el joven también las pagó.

Por aquellas mentiras se sentó varias veces en el banquillo de los acusados, pero solo en una ocasión lo hizo frente a una jueza, el resto de los togados fueron siempre varones. Lo interesante del texto que redactó esta magistrada, Elvira Múgica, es que ella fue la única que escribió que Francisco tal vez sufriera un «trastorno de conducta con personalidad múltiple». En el resto de fa-

llos que Francisco ha acumulado a lo largo de su vida no aparece ninguna alusión a este trastorno.

Para la causa de la jueza Elvira, que investigó los engaños a los vendedores de coches, el supuesto trastorno se aceptó como una «eximente incompleta», porque la condena aclaraba que tal afección no anulaba por completo la «capacidad intelectual y volitiva» de Francisco. Es decir, no ignoraba lo que hacía. La sentencia obligó al embaucador a someterse a tratamiento médico durante seis meses. Como esta condena se ejecutó a finales de 1996, es posible que Francisco visitara a un psicólogo a lo largo de 1997.

Aunque desconozco si acató el mandato judicial, parece que ese año detuvo la actividad delictiva febril que había mantenido durante los dieciséis meses anteriores. No constan sentencias contra él en ese período.

En 1998 reincidió. Y lo hizo reinventándose. A la impostura de agente de la Ertzaintza le otorgó de forma explícita la especialización de guardaespaldas. Quienes cayeron en sus embustes afirmaron que decía ser miembro de la unidad de protección de autoridades de la policía vasca. Lo más interesante de esta recaída aparece al leer con atención quiénes eran estas víctimas: su novia y tres amigos.

A los veintitrés años, Francisco dio un paso más y se demostró a sí mismo que era capaz de entablar relaciones sentimentales o de amistad y usarlas como plataformas desde las que podía acometer retos económicamente más ambiciosos. A su novia, con quien vivía en un piso en el centro de Vitoria, primero le ofreció un equipo de música de Andorra —otra vez— y la joven le

dio 52.000 pesetas. Después le pidió 175.000 pesetas para inscribirse a un curso de vigilante y otras 16.000 pesetas para obtener una licencia que le valdría para realizar prácticas de tiro. Por último, le sacó medio millón para pagar el IVA de un piso nuevo y los gastos de la notaría que implicaría la transacción inmobiliaria.

Para los tres amigos diseñó tres trampas distintas. A uno le propuso comprar en Andorra otro equipo informático por 600.000 pesetas. Al segundo, montar a medias un negocio de telefonía móvil, un mercado nuevo que se abría paso de forma prometedora en España. La idea era asociarse y afrontar a medias la inversión inicial para alquilar y adecuar un local. El amigo puso su parte, 1.100.000 pesetas. Francisco la cogió y se la gastó. Al tercero le birló otro millón de pesetas convenciéndolo de que serían para invertir en una empresa americana que convertiría esa suma en 1.400.000 pesetas en cuestión de pocos meses.

Esta novia con la que residió en el centro de Vitoria es la primera víctima acreditada que, además de ser estafada, también fue engañada sentimentalmente. El inicio de una práctica parasitaria que iba a emplear sin descanso a partir de entonces: seducir a mujeres que dispusieran de casa para procurarse un nido. Mantener una relación con ellas le permitía, además de esquivar la intemperie, dominarlas y saquearlas. A ellas y a su entorno. Los tres amigos son la prueba de esto segundo.

A principios del año 2000, Francisco ya estaba preparado para estafar a sangre fría, pero había llegado el momento de huir de Vitoria. Tenía poco más de veinticinco años y ya casi todos sus vecinos sabían que era un farsan-

te. El alumno discreto del Samaniego, sin que yo hallara un motivo que lo explicara, se convirtió en un joven que menospreciaba la ley porque ya había comenzado a mantener una relación liberal con la realidad, a creer que las mentiras abrían puertas que la verdad dejaba cerradas.